

Ágata cogió la mano de su hijo, la besó y la guardó sobre su corazón, mostrándole á José, en el azul de su mirada, el cariño que siempre tuvo en reserva para Felipe ».

El pintor, que entendía de fisonomías, se impresionó tanto de este cambio, vió tan claramente que el corazón de su madre se abría para él, que la tomó en sus brazos, la tuvo durante algunos instantes estrechada contra su corazón, diciendo como un insensato :

« ¡Madre mía, madre mía!

— ¡Me siento perdonada! dijo ella. Dios debe de confirmar el perdón de un hijo á su madre.

— Cálmate, no te atormentes : ya lo sabes : en este momento me siento amado por todo el pasado, exclamó José volviendo á colocar á su madre sobre la almohada ».

En las dos semanas que duró el combate entre la vida y la muerte en aquella santa criatura, tuvo para José delicadezas en las que desbordaba tanto amor, que parecía que en cada una de sus efusiones había toda una vida.... La madre no pensaba más que en su hijo, no contando ella para nada; y sostenida por su amor, no sentía ya sus padecimientos. Tenía palabras tan cándidas como las de los niños. D'Arthez, Miguel Chrestien, Fulgencio Ridal, Pedro Grassou, Bianchón, venían á hacer compañía á José y discutían con frecuencia en voz baja en el cuarto de la enferma.

« ¡Ah cómo quisiera yo saber qué es lo que entienden ustedes por el « color »... exclamó ella una tarde al escuchar una discusión sobre un cuadro. »

José, por su parte, fué sublime para su madre; no se apartó de su cuarto, mimaba á Ágata en su corazón, y le devolvía ternura por ternura. Y fué esto para los amigos de aquel gran pintor, uno de esos hermosos espectáculos que jamás se olvidan.

Aquellos hombres, que todos reunían á un gran talento un gran carácter, fueron para José y para su madre lo que debían ser : ángeles que pedían, que lloraban con él, no rezando ni llorando, sino uniéndose á él por el pensamiento y por la acción. José, gran artista por su talento como por su sensibilidad, adivinó por algunas miradas de su madre, un deseo oculto en lo más íntimo de aquel corazón y dijo un día á d'Arthez :

« Ha querido demasiado á ese bandido de Felipe para no desear volver á verlo antes de morir.

José suplicó á Bixiou, que se encontraba lanzado en el mundo bohemio que frecuentaba algunas veces Felipe, que obtuviera, por caridad, la comedia de un cariño cualquiera, á fin de envolver el corazón de aquella pobre madre en un sudario de ilusiones. Como observador y burlón misántropo, Bixiou se apresuró á encargarse de aquella misión.

Cuando hubo expuesto la situación de Ágata al conde de Brambourg, que le recibió en un aposento cubierto de damasco amarillo, el coronel se echó á reír.

« ¿Qué diablo quieres que yo vaya á hacer allí? exclamó. El único favor que puede hacermé la buena mujer es reventar lo más pronto posible, porque haría una triste figura en mi casamiento con la Señorita de Soulanges. Mientras menos familia tenga, mejor será mi posición. De sobra comprenderás que quiera yo enterrar el nombre de Bridau bajo todos los monumentos fúnebres del cementerio del Père-Lachaise. Mi hermano me asesina exponiendo mi verdadero nombre al público. Tienes demasiada inteligencia para no ponerme al tanto de mi situación. ¡Vamos! si llegaras á ser diputado (tienes labia para ello) podrías ser hecho conde de Bixiou y director de bellas-artes; y una vez allí, ¿te gustaría que, de vivir aún tu

abuela Descoings, te vieses á tu lado á aquella buena mujer? ¿le darías tú el brazo en las Tullerías? ¿la presentarías á la familia noble en donde trataras entonces de entrar? Lo que desearias es verla á seis pies bajo tierra metida en una camisa de plomo. Mira, almuerza conmigo, y hablemos de otra cosa. Soy un advenedizo, querido, lo sé. Pero no quiero dejar ver mis pañales. Mi hijo, será más dichoso que yo, será un gran señor. El tuyo deseará mi muerte, eso ya lo sé yo; de lo contrario, no sería hijo mío. »

Llamó; vino el ayuda de cámara, al cual dijo :

« Mi amigo almuerza conmigo, sirvenos un almuercito fino.

— Seguro puedes estar de que no te verá ninguno de la aristocracia en el cuarto de tu madre; y siendo así, ¿por qué no demostrar, durante algunas horas, que quieres á la pobre mujer?

— ¡Bah! dijo Felipe guiñando el ojo, tú vienes de parte de ellos. Soy perro viejo, y nadie me la da. Mi madre quiere, con motivo de su último suspiro, sacarme algo para José. ¡Que si quieres! »

Cuando contó Bixiou esta escena á José, el pobre pintor sintió frío hasta en el alma.

« ¿Sabe Felipe que estoy enferma? dijo Ágata con voz triste, la tarde misma del día en que Bixiou cumplió su misión. »

José salió del cuarto; le ahogaban sus lágrimas. El abate Loraux, que se encontraba á la cabecera de su penitenta, le cogió la mano, se la apretó y le dijo : « ¡Ay, hija mía, usted no ha tenido nunca más que un hijo!... »

Al oír esta palabra, que comprendió, Ágata tuvo una crisis que fué el comienzo de su agonía. Falleció veinte horas después.

En el delirio que precedió á su muerte, esta palabra : « ¿Á quién sale Felipe? » se le escapó. José fué solo al entierro de su madre.

Felipe había ido, para asuntos del servicio, á Orléans, echado de París por la carta siguiente que José le escribió en el momento de estar su madre expirando :

« Monstruo : Mi pobre madre se ha muerto de la sacudida que tu carta le causó; ponte luto; pero hazte el enfermo; no quiero que su asesino esté á mi lado delante de su ataúd.

« José. »

El pintor, que ya no se sentía con ánimos para pintar, aunque acaso exigiese su profundo dolor la especie de distracción mecánica que produce el trabajo, fué rodeado de sus amigos, que se concertaron para no dejarlo nunca solo. Bixiou, que quería á José con todo el cariño que puede tener un zumbón, formaba, quince días después del entierro, parte de los amigos reunidos en el estudio. En aquel momento, la criada entró bruscamente y entregó á José una carta, traída, dijo, por una vieja que esperaba la contestación en la portería :

« Señor : Á usted, á quien no me atrevo á dar el nombre de hermano, debo dirigirme, aunque solo sea, por el nombre que llevo... »

José volvió la hoja y miró la firma, debajo de la última línea. Estas palabras : *Condesa Flora de Brambourg* le hicieron estremecerse, porque presintió algún horror inventado por su hermano.

« Á ese bandido no tiene el diablo por donde desecharlo, dijo; ¡Y pensar que se le tiene por un hombre honrado!... ¡Y se pavonea en la corte!... Y por fin se llama « Señor Conde ».

— ¿Y es larga la esquila? dijo Bixiou.

— Después de todo, esa Enturbiadora merece bien ser enturbiada á su vez, repuso José; es más

mala que la sarna, me hubiera hecho cortar el pescuezo sin decir : « es inocente ».

En el momento en que José tiró la carta, Bixiou la recogió prontamente y la leyó en voz alta :

— ¿ Es conveniente que la señora Condesa Bridau de Brambourg, sean cuales fueren sus culpas, vaya á morir al hospital? Si ese es mi destino, si esa es la voluntad del Señor Conde y la de usted, que se cumpla; pero entonces, usted, que es amigo del doctor Bianchón, procure que me consiga la entrada en un hospital. La persona que llevaré esta carta, señor, ha ido once días seguidos al hotel de Brambourg, calle de Clichy, sin poder obtener un socorro de mi marido. El estado en que me encuentro no me permite hacer llamar á un procurador á fin de emprender y obtener judicialmente lo que me es necesario para morir en paz. Por otra parte, nada puede salvarme, lo sé.

« Así es que, en caso de que usted no quiera ocurrirse de su desgraciada cuñada, deme el dinero necesario para tener con que poner fin á mis días; porque, yo lo veo, su señor hermano quiere mi muerte, y siempre la ha querido. Aunque me había dicho que tenía tres medios seguros para matar á una mujer, yo no he podido figurarme nunca ni prever el de que se ha servido. Por si usted quisiera honrarme con un socorro y ver por sí mismo la miseria en que me hallo, vivo en la calle de Houssay esquina á la de Chantereine, quinto piso. Si mañana no pago mis alquileres atrasados, me echarán, y ¿dónde ir, señor?... ¿Puedo llamarme, su cuñada

« CONDESA FLORA DE BRAMBORG? »

« ¡Qué pozo de infamias! dijo José!

¿Qué hay debajo de todo esto?

— Hagamos primero venir á la mujer, lo cual

será un digno prefacio de la historia, dijo Bixiou.

Un momento después, apareció una mujer que Bixiou designó por estas palabras: « Andrajos que andan ». Era, en efecto un montón de trapos y de vestidos viejos uno sobre otro, ribeteados de barro, á causa de la estación, todo ello montado sobre unas gruesas piernas con pies abultados, mal cubiertos por unas medias remendadas, y por zapatos que despedían agua por sus agujeros. Encima de aquel montón de guñapos se veía una cabeza como las de las barrenderas de Charlet, cubierta con un malísimo pañuelo de seda.

« ¿Su nombre de usted? dijo José mientras Bixiou hacía el croquis de la mujer apoyada en un paraguas del año II de la República.

— La Señora de Gruget, para servir á usted. Yo he tenido rentas, señorito, dijo ella á Bixiou, cuya risa cazurra la ofendió. Si mi pobre hija no hubiera tenido la desgracia de querer demasiado á alguien, yo estaria de otra manera. Nunca llegaré á nada, mi pobre Ida. Y yo he cometido la tontería de estar jugando bastante tiempo á un cuaterno de lotería; por eso, querido señor, á los setenta y siete años, cuido enfermós á razón de cincuenta céntimos diarios, y la comida.

— ¿Y no vestida, verdad? dijo Bixiou. Porque mi abuela, aunque también jugaba á la lotería, no descuidaba la ropa.

— Pero con mis cincuenta céntimos tengo que pagar un cuarto donde pasar la noche.

— ¿Qué es lo que tiene la señora á quien usted cuida?

— No tiene nada, Señor... en cuanto á dinero, se entiende; que lo que es en cuanto á enfermedad, tiene una que hace temblar á los médicos. Me debe sesenta días, por eso la sigo cuidando. El marido, que es un conde, porque ella es condesa, me pagará, sin duda mi cuenta cuando ella muera;

por eso yo le he prestado todo lo que yo tenía, pero ya no tengo nada: he llevado todas mis cosas al monte de piedad... Me debe cuarenta y siete francos y sesenta céntimos, á más de mis treinta francos como enfermera; y como quiere asfixiarse con carbón... « eso no está bien », le he dicho yo... y hasta le he dicho á la portera que la vigile mientras yo falto de allí, porque es capaz de tirarse por la ventana.

— ¿Pero qué tiene? dijo José.

— ¡Ay, señor! el médico de las hermanas ha venido; pero respecto á la enfermedad... dijo la Señora de Gruget tomando un aire pudoroso, dijo que habia que llevarla al hospital. El caso es mortal.

« Allí vamos, dijo Bixiou.

— Tome usted diez francos, dijo José. Después de haber hundido la mano en la farrosa calavera para tomar todo su dinero, el pintor fué á la calle Mazarina, subió á un coche y se fué á casa de Bianchón, á quien afortunadamente encontró en su casa, mientras que Bixiou, por su parte, corria á la calle de Buci á buscar al amigo Destroches. Los cuatro amigos se encontraron una hora más tarde en la calle del Houssay.

— Ese Mefistófeles á caballo que se llama Felipe Bridau, dijo Bixiou á sus tres amigos al subir la escalera, ha buscado un medio nada vulgar para deshacerse de su mujer. Ustedes saben que nuestro amigo Lousteau, muy contento con recibir, cada mes, un billete de mil francos de Felipe, no ha apartado á la Señora de Bridau de la sociedad de Florina, de Mariquita, de Julia, de la Val-Noble. Cuando Felipe ha visto á su Enturbadora acostumbrada á la vida de lujo, no le ha dado más dinero y la ha dejado proporcionárselo... ¿comprenden ustedes cómo? Felipe, al cabo de diez y ocho meses, ha hecho así descender á su mujer;

de trimestre en trimestre, cada vez más bajo; en fin, por medio de un joven sargento buen mozo, la ha hecho aficionarse á la bebida. Á medida que él subía, su mujer bajaba, y la condesa está ahora en el lodo. Esa mujer, nacida en el campo, tiene resistencia, y no sé cómo ha conseguido Felipe librarse de ella. Tengo curiosidad por estudiar ese drama, porque quiero vengarme del compañero. Amigos míos, dijo Bixiou en tono que no se sabía si era formal ó de broma, basta, para deshacerse de un hombre, con entregarlo al vicio. Ni más ni menos. Mi abuela era aficionada á la lotería, y Felipe la mató por medio de la lotería. Rouget era aficionado á la mujer, y Lotita lo escabechó. La Señora de Bridau, pobre mujer, quería á Felipe, y por causa de él ha fallecido.... ¡El Vicio! ¡El Vicio! amigos míos.... El vicio es el ayudante de la muerte. »

Á partir del cuarto piso, los jóvenes subieron una de esas escaleras recias que se parecen á escaleras de mano, y por las cuales se sube á ciertas bohardillas de París. Aunque José, que había visto á Flora tan hermosa, se esperaba á algún triste contraste, no pudo imaginar el horrible espectáculo que se ofreció á sus miradas de artista. Bajo el ángulo agudo de una bohardilla sin papel en la pared, y sobre una cama de tijera que sólo tenía un malísimo colchón, los tres jóvenes vieron á una mujer, verde como una ahogada que ha permanecido dos días en el agua, y flaca como una tísica dos horas antes de su muerte. Aquel infecto cadáver tenía unos cintajos sobre su cabeza sin pelo. Las órbitas de los ojos, hundidos, eran encarnadas, y los párpados semejabán pellejillos de huevo. En cuanto al cuerpo, tan soberbio ha poco, sólo ofrecía una innoble osteología. Al ver á los visitantes estrechó Flora contra su pecho un guñapo de muselina que debió de haber sido un

visillo, pues estaba manchado del moho de la varilla. Por todo mobiliario, dos sillas, una mala cómoda sobre la que una vela estaba plantada en una patata, algunos platos en el suelo y una estufa de barro al lado de una chimenea sin lumbre. Notó Bixiou el resto del cuadernillo de papel comprado en la tienda de ultramarinos para escribir la carta que las dos mujeres habían sin duda rumiado juntas. Aquello resultaba asqueroso. Cuando vió la moribunda á José, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

« ¡Aún puede llorar! dijo Bixiou. »

El espectáculo es gracioso: lágrimas saliendo de un juego de dominó. Esto explica el milagro de Moisés.

« ¡Qué seca está!... exclamó José.

— Me ha secado el fuego del arrepentimiento, dijo Flora. ¡Y no puedo tener un sacerdote, no tengo nada, ni siquiera un crucifijo, para ver la imagen de Dios!... ¡Ah, Señor mío, dijo alzando los brazos que parecían madera tallada, muy culpable soy, pero nunca ha castigado Dios á nadie como á mí!... Felipe ha matado á Max, que me aconsejaba cosas horribles, y también me mata á mí. Dios se sirve de él como de un azote... Condúzcanse bien, pues todos tenemos nuestro Felipe.

— Déjenme sólo con ella, dijo Bianchón, para que vea si aún hay remedio.

— Si se curara, Felipe se moriría de rabia, dijo Desroches; así es que voy á hacer constar el estado en que se encuentra su mujer; como no la ha hecho condenar por adúltera, goza de todos sus derechos de esposa; tendrá el escándalo de un proceso. Por de pronto vamos á hacer transportar á la Señora Condesa á la casa de salud del Doctor Dubois, en el arrabal de San Dionisio; y después demandaré al Conde para reintegro del domicilio conyugal.

— ¡Bravo, Desroches! exclamó Bixiou. ¡Qué placer inventar un bien que hará tanto mal!

Diez minutos después bajó Bianchón y dijo á sus amigos :

— Corro á casa de Desplein; puede salvar á esta mujer por medio de una operación. Y os aseguro que hará que la cuiden, pues el abuso de los licores ha determinado en esta mujer una enfermedad que creíamos perdida para la ciencia.

— ¡Como si no hubiera más que una enfermedad! ¡Tienen unas cosas los médicos! exclamó Bixiou. »

Pero ya estaba Bianchón en el patio, tal era su prisa por anunciarle á Desplein la gran noticia.

Dos horas después era conducida la desdichada cuñada de José al hospital decente creado por el D' Dubois, y que fué, más tarde, comprado por el Municipio de Paris.

Tres semanas después, la *Gaceta de los Hospitales* contenía el relato de una de las más audaces tentativas de la cirugía moderna sobre una enferma designada con las iniciales F. B. El sujeto sucumbió, más por la debilidad en que estaba, que por la operación. En seguida se fué el conde de Brambourg, de luto riguroso, á ver al conde de Soulanges, y le manifestó la *dolorosa pérdida* que acababa de sufrir. Corrió bajo cuerda en el gran mundo la noticia de que el conde de Soulanges casaba á su hija con un advenedizo de gran mérito que iba á ser nombrado mariscal de campo y coronel de un regimiento de la Guardia real.

De Marsay dió la tal noticia á Rastignac, quien la publicó en una cena á la que asistía Bixiou.

« Pues no se hará la tal boda, se dijo éste.

Si, entre los amigos á quienes Felipe volvió la espalda, había algunos que, como Giroudeau, no podían vengarse, tuvo la torpeza de herir á Bixiou,

el cual, merced á su ingenio, era recibido en todas partes, y que no solía perdonar. En una fonda famosa, Felipe, una noche, le había contestado á Bixiou, que deseaba ir al hotel de Brambourg, morada del coronel Bridau :

— Vendrás á mi casa cuando seas ministro. »

Al día siguiente, Bixiou se disfrazó en casa de un actor amigo suyo, imitando á la perfección un sacerdote secularizado; anteojos verdes acababan de hacerle más desconocido. Se presentó en el hotel de Soulanges. Recibido por el conde, por insistir en que se trataba de un asunto grave, Bixiou desempeñó el papel de un hombre venerable que tiene que confiar secretos importantes. Contó, con voz á propósito, la historia de la enfermedad de la condesa fallecida, cuyo horrible secreto le había sido confiado por Bianchón, la historia de la muerte de Agata, la historia de la muerte de Rouget, de la que se vanagloriaba el conde de Brambourg, la historia de la muerte de la Descoings, la historia del dinero tomado en la caja del periódico, y la historia de la vida de Felipe en su peor época.

« Señor Conde, no le dé usted su hija sino después de averiguado lo que le digo; pregunte á sus antiguos compañeros : Bixiou, Giroudeau, etc. »

Tres meses después, el coronel conde de Brambourg daba una cena á la que asistian du Tillet, Nucingen, Rastignac, Máximo de Trailles y de Marsay. El anfitrión aceptaba con marcado descuido los consuelos que le dirigian sus huéspedes sobre su rompimiento con la casa de Soulanges.

« Puedes encontrar cosa mejor, le decía Máximo.

— ¿Qué fortuna sería menester para casarse con una de las hijas de Grandlieu? preguntó Felipe á de Marsay.

— Á usted.... ni la más fea de las seis le darían

por menos de diez millones, contestó insolentemente de Marsay.

— ¡Bah! dijo Rastignac, con doscientos mil francos de renta se llevaría usted la señora de Langeais, la hija del marqués; es fea, tiene treinta años, y ni un céntimo de dote. Debe de convenirle á usted eso.

— Dentro de dos años tendré diez millones, contestó Felipe.

— Estamos á 16 de enero de 1829, exclamó du Tillet sonriéndose. Diez años hace que ando en busca de otro tanto, y no doy con ello...

— Nos aconsejaremos mutuamente, y ya verá usted cómo entiendo yo de hacienda, contestó Bridau.

— ¿Cuánto tiene usted entre todo? preguntó Nucingen...

— Vendiendo mis rentas, excepto mi tierra y mi hotel, que ni puedo ni quiero arriesgar, pues constan en mi mayorazgo, reuniría unos tres millones. »

Nucingen y du Tillet se miraron; y al cabo de aquella significativa mirada, du Tillet dijo á Felipe :

• Querido Conde, trabajaremos juntos, si usted quiere. »

De Marsay sorprendió la mirada que du Tillet había lanzado á Nucingen, y que significaba : « ¡Para nosotros, esos millones! » En efecto, aquellos dos personajes de la alta banca estaban colocados en el corazón mismo de los negocios políticos, para poder jugar en Bolsa, en momento fijo, como á golpe seguro, contra Felipe, cuando le parecieran estar á favor suyo todas las probabilidades, siendo así que sería todo lo contrario, y ocurrió dicho caso. En julio de 1830, du Tillet y Nucingen le habían ya hecho ganar millón y medio de francos al conde de Brambourg, quien

ya no desconfió de ellos, al verles leales y entendidos. Felipe, encumbrado por las mercedes de la Restauración, engañado sobre todo por su profundo desprecio hacia los *paisanos*, creyó en el buen éxito de las ordenanzas reales y quiso jugar al alza; en tanto que Nucingen y du Tillet, que creían en la revolución, jugaron contra él. Los dos astutos compadres halagaron al conde de Brambourg, fingiendo ser de su parecer, y le dieron la esperanza de doblar sus millones. Felipe se batió como un hombre para quien la victoria represente cuatro millones. De tal manera sobresalió su fidelidad, que recibió orden de ir al palacio de Saint-Cloud, con el duque de Maufreigneuse, para celebrar consejo. Aquella demostración del favor real salvó á Felipe, pues quería, el 28 de Julio, dar una carga para barrer los bulevares, y sin duda hubiera recibido alguna bala enviada por su amigo Giroudeau, que mandaba una división de insurrectos.

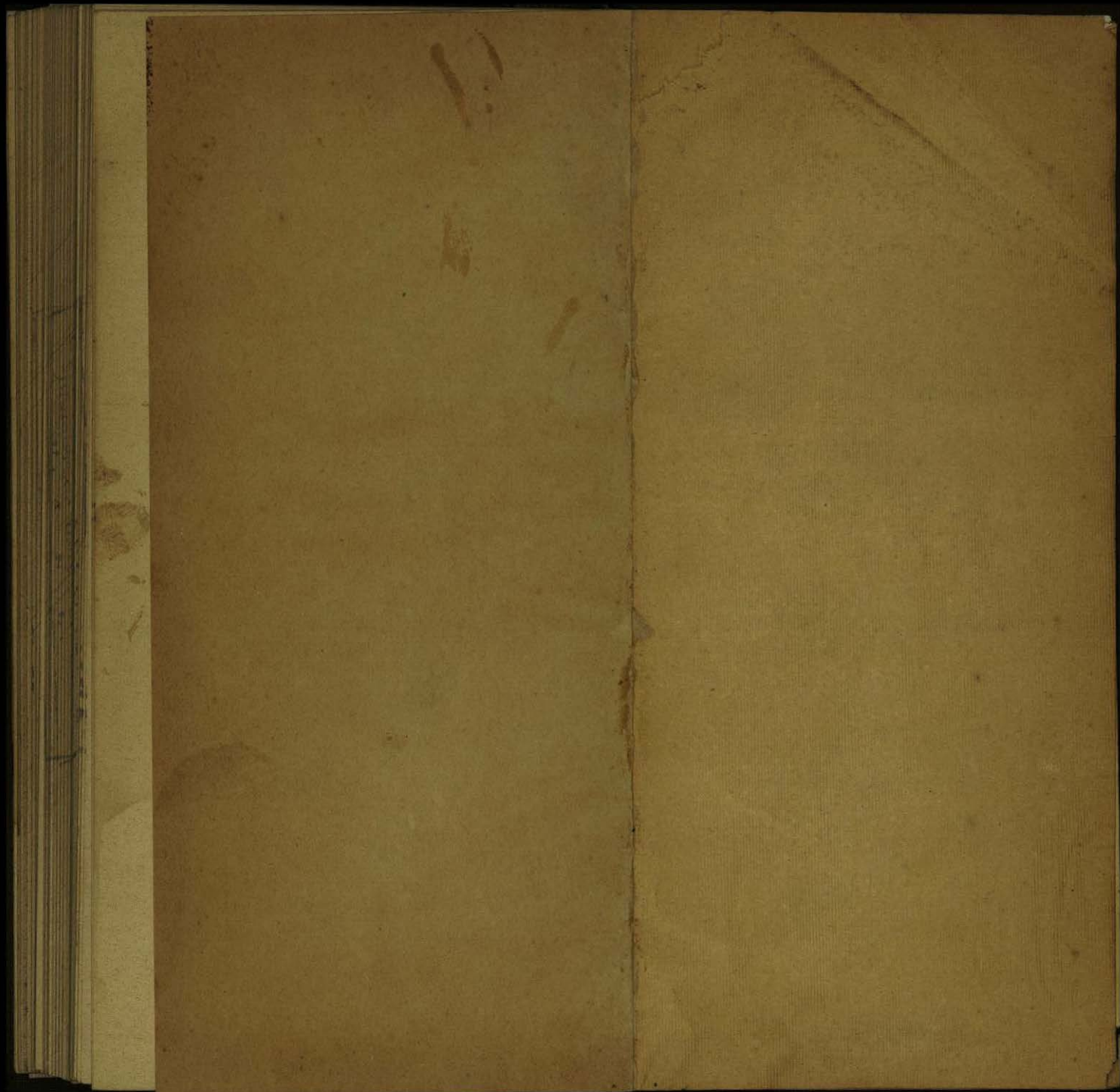
Un mes después sólo le quedaba á Bridau su hotel, su tierra, sus cuadros y su mobiliario. Cometió además la necedad de creer en el restablecimiento de la rama primogénita, á la que permaneció fiel hasta en 1834. Al ver á Giroudeau coronel, celos bien comprensibles inclinaron á Felipe á que de nuevo pidiera servicio en el ejército. Tres años estuvo con su regimiento en Argelia, en el sitio más peligroso, en espera del generalato; pero una influencia opuesta, la del general Giroudeau, le dejaba estacionario. Felipe se volvió duro, y fué detestado de la tropa, á pesar de su valentía. Á comienzos del año fatal de 1839, al hacer de nuevo cara á los árabes en medio de una retirada motivada por fuerzas superiores del enemigo, cayó entre un grupo de árabes. El combate fué sangriento, horrible, de hombre á hombre, y pocos jinetes franceses pudieron huir.

Al ver á su coronel en manos enemigas, los que estaban algo lejos juzgaron prudente no exponerse en vano. Oyeron estas palabras : *¡Vuestro coronel! ¡á mí! ¡un coronel del Imperio!* seguidas de quejidos atroces. Tuvo Felipe una muerte horrible, pues le cortaron la cabeza cuando cayó, casi picado por los yataganes.

José, casado por entonces, merced á la protección del conde de Serizy, con la hija de un intendente millonario, heredó la tierra y el hotel de Brambourg, de que no pudo disponer su hermano, el cual quería, sin embargo, privarle de la herencia. Lo que más le agradó al pintor fué la colección de cuadros. José, á quien su suegro, especie de Hochón rústico, junta cada día más dinero, tiene ya sesenta mil francos de renta. Aunque pinta hermosos lienzos y favorece á los artistas, no forma aún parte de la Academia de Bellas Artes. Su condado no se le ha subido á la cabeza; hasta se bromea de él con sus amigos.

Pero León de Lora le ha pronosticado que con los honores y el dinero, no tardará en volverse otro.

Paris, noviembre de 1842.





P
.S
S